

SOBRE LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE CRISTO REY

Lo más difícil de un vocablo que al paso de los siglos se convierte en una institución, es encontrar su acepción primera, definición que suele estar notablemente alejada del concepto actual, de la causa en cuestión; esa noción es tanto más difícil de reconocer cuanto más elemental, pues menos necesitada de explicación se la suele considerar. Así se dice del término templo:



“Del latín *templo*, ablativo de *templum*, contracto o sincopado del primitivo *tempulum*, cuya raíz es el griego *temnô*, yo parto, corto o divido, como lo es también de tiempo. *Templum* significó primero el *espacio libre del cielo entero*, considerado como debiendo servir para las observaciones del *augur* o agorero, quien lo subdividía entonces, según los ritos, trazando con su bastón o varita diferentes líneas en el aire (de donde el verbo *contemplari*). Por analogía se aplicó *templum* para designar las grandes extensiones, como la del mar, la del cielo, y hasta la del mundo entero: *Coeli lucida Templa...Mundi Magnum et versatile Templum* (se lee en Lucrecio). Por última extensión significó *templum* un bosque sagrado o edificio consagrado”.²

La casa que nos ocupa (seamos humildes: de la que nos *ocupamos*) está

¹ El autor es monje de la Abadía de Cristo Rey, El Siambón (Tucumán), Argentina. Este trabajo fue realizado con motivo de la Dedicación de la Iglesia de la Abadía (N. de la R).

² “Primer Diccionario General Etimológico de la Lengua Española”. D. Roque Barcia. Tomo Quinto. Francisco Seix, Editor. Barcelona, 1879.

enteramente edificada sobre piedra. Un ingeniero monje la diseñó. Toda buena obra siempre supera a su autor, pues si la idea de Dios es, de acuerdo a Descartes, como “la marca del artesano impresa en su obra”, la obra del proyectista trasluce la mano de Dios.

En un primer –y estricto- intento de descripción, si se la reconoce como división espacio-temporal circunscrita por la piedra que simultáneamente la limita y proyecta, la construcción responde exteriormente a la necesidad esencial de un ámbito de reunión, pero interiormente revela otra exigencia, la de una traslación simbólica del “totalmente otro”. Eso la convierte en una *domus ecclesiae*, impulsada por la irrupción de su presencia imponente; no es una intención nacida de la reflexión, sino un sentimiento arcaico, una intuición ancestral impresa en el hombre y en la impronta pétrea donde se oculta esa figura majestuosa, con la cual sólo el símbolo es capaz de establecer un nexo que no excluye el temor ni la reverencia. Se produce una trans-significación, pues en el signo se aprehende otra realidad, es territorio de Dios, contemplación donde la mirada compensa la impotencia del lenguaje. *Silent late loca*, “el espacio guarda silencio” (Virgilio)

Miguel Ángel decía que la escultura consistía en eliminar de la piedra todo lo que la cubría; la realidad última se hace visible en la materia, es extraída de ella y en ella permanece como atributo. El suceso ha de completarse con la palabra que fija el evento y el acto ritual que busca la conciliación del orden natural con la potencia sobrenatural, así palabra y obra hacen a la construcción del templo como ámbito único, propicio y reservado para el encuentro con el *mysterium tremendum*, hierofanía; la presencia de lo sagrado es el Espíritu en la roca del altar, médula latente de un recinto en el que se percibe el soplo vital. Consagrar es comunicar vida. El sitio destinado al emplazamiento del edificio estaba decidido desde el principio de los siglos. Al igual que la escultura inmanente a la piedra, un templo no se construye, su arquitectura erige de forma visible lo que el espacio ocultaba a los ojos. La piedra ya había nacido altar.

En la ciudad de Dios un templo es todos los templos, pues la experiencia personal es tanto más universal cuanto más íntima; si la desaparición de alguien supone a veces la supresión o el abandono del lugar donde vivía, como si su sombra se empeñara en no dejar rastros de su paso, la ruina de su fábrica es, en un templo, todas las ruinas, y su dedicación, toda dedicación. Si es triste ver una construcción destruida, es aún más triste ver una obra sin comunidad, pues la comunidad ya está edificada aunque no tenga edificio, pero el edificio no está edificado si no tiene comunidad.

Dios ordena por intermedio de Moisés erigir un santuario para habitar en medio de su pueblo (*Ex 25,8*), tabernáculo sobre el cual va a descender su gloria de modo visible. Así el retablo adquiere su sentido profundo en cuanto lugar de acceso al ideal religioso que busca el encuentro esencial del hombre con Dios. No hay sutileza alguna en la piedra, basta de suyo y sólida vindicación de la eternidad, ella personifica el momento de oración, minutos del tiempo salvífico que en realidad no constituyen tiempo alguno, pues la eternidad es supratemporal.

Una tosca apariencia puede ocultar magnánimamente al pensamiento un incidente temido: “Si fuese a la iglesia, ¿podría contemplar el santo edificio de piedra sin imaginarme inmediatamente los escollos peligrosos que, con solo tocar los costados de mi hermosa nave, desperdigarían mis géneros por el océano y vestirían con mis sedas a las rugientes olas; y, en una palabra: sin pensar que yo, opulento al presente, *puedo quedar reducido a la nada en un instante?*”³.

El mutismo obstinado puede darle reputación de sabiduría al más pétreo de los rostros; la reputación, no lo olvidemos, es el agobio de los insensatos, pero así como la naturaleza ardiente salta sobre cualquier frío decreto, la impasibilidad de la gélida piedra termina subyugando toda aprensión mundana con su invitación irresistible al recogimiento. La entrega confiada a Dios siempre será una imprudencia desde el punto de vista estrictamente humano, y la convivencia pacífica, hija de la paz interior, a la cual el templo invita, es una de las más excelsas expresiones del amor, porque es la más difícil. El recinto se limita a sugerir el silencio, y, a cambio, ofrece la concordia.

El oratorio es buen pedagogo: se aprende allí a convivir. Si las estructuras técnicas funcionan mejor que las humanas, es porque no hemos aprendido que el templo-escuela de oración personal y compartida, es carpa de encuentro; si el hombre moderno puede extraer de la concepción cristiana de la vida una nueva inspiración, ésta halla su fuente en el altar, el vino, el pan y el pan de la palabra participados en conjunto. Lo bello es feliz en sí mismo. Los templos se parecen a las conciencias y las galerías de la memoria, no exentas de pasadizos tortuosos, con lugares umbríos, a veces de no fácil acceso, como las “moradas del alma”, que describió Teresa de Ávila, hechas a imagen de perspectivas solitarias, vinculadas por una arquitectura que, siendo explícita, es a la vez custodia del misterio.

³ “El Mercader de Venecia”. W. Shakespeare. Acto I, escena I.

El ambiente encierra una promesa de paz a partir de un diálogo sin palabras, la vacilante luz del santísimo es presencia frágil que por momentos parece preocuparse por pasar inadvertida, es la forma de ocultarse sin ocultarse para que le encuentren quienes quieren buscarle. Al igual que el ave, al encontrar una corriente favorable se desplaza permaneciendo ella inmóvil, la nave se desliza en su aparente inmovilidad, las voluntades opuestas se curvan y encuentran en la clave de bóveda, es el secreto de su unidad interior. La maternidad protectora del templo, miembro eminente del conjunto arquitectónico que compone, es el corazón que late en un solo lugar, pero cuya savia vivificante se transmite a todos los rincones: celdas, claustros, cocinas y talleres; fluido vital de serenidad superior necesario para la supervivencia de la insuficiencia humana que encierra; el templo es clamor silencioso, testigo de la gravedad de los compromisos que unen a Cristo y a la Iglesia, pero también exaltación inspiradora y amante:

“Entonces en las llamas de la hoguera/ de un amor infinito y sobrehumano/ como el santo de Asís dirás hermano/ al árbol, al celaje y a la fiera.

Sacudirá tu amor el polvo infecto/ que macula el blancor de la azucena/ bendecirás las márgenes de arena/ y adorarás el vuelo del insecto.

Y besarás el garfio del espino/ y el sedeño ropaje de las dalias/ y quitarás, piadoso, tus sandalias,/ por no herir a la piedras del camino”.⁴

La luz de las iglesias es siempre crepuscular, tengo para mí que esa experiencia le sugirió a San Benito la *taciturnitas*. La opacidad de la roca hace aún más tenue la luminosidad incierta, diríase que la piedra la absorbe; al igual que con el sonido, se queda ella con todo: con el espacio, el silencio y la luz, sólo nos deja la memoria. La razón es obvia: no podríamos cantar al amor, al Señor del amor, si no recordáramos hacer esto en memoria suya; ciertamente la dicha es coparticipada en la oración, pero lo es mucho más en el diálogo íntimo, al modo de san Agustín y santa Mónica, san Benito y santa Escolástica, pues “el verdadero motivo del amor hacia los hombres estriba en que éstos son imagen y semejanza de Dios, que, como nosotros, son criaturas de Dios, hermanos, hijos de un mismo Padre”⁵.

⁴ Enrique González Martínez (Méx.). Del nombre del poema no me acuerdo. Algunas galerías de la memoria se vuelven intransitables con los años.

⁵ “Diálogos con Pablo VI”. Jean Guilton. Pág. 464. Editorial Cristiandad, Madrid, 1967.

El proceso de elevación y transfiguración de la materia, (el término más adecuado sería sublimación, pero resulta temerario) tan caro a la idea de “nueva creación sin destrucción” es la absorción por la Vida de todo lo que es mortal y perecedero; ello se opera en el ámbito del templo, de un modo perfecto en sí, pero imperfecto aún en la percepción de los que a él se acercan buscando la perfección.

Su diseño participa del arte de traducir el mundo de lo invisible en formas inteligibles, que no obstante no pueden ni pretenden privar al mundo espiritual de su carácter inefable; piedras vivas, estructura etérea construida con fuerza y esfuerzo, microcosmos en el cual tiempo y eternidad alcanzan su vinculación perfecta en la Eucaristía; allí la comunidad que le habla a Dios con palabras de Dios es la humanidad, y el olvido de sí es un imperativo, presupuesto necesario para constituirse el yo en yo fraterno de orantes, columnas talladas y estructuras de un templo universal, porque la armonía es imprescindible a todo conjunto arquitectónico y humano.

El monje, alimentado por esa sustancia vital que él cultiva y por la que es a su vez cultivado, descubre una luz y una vida que le permiten dirigirse al mundo con la confianza de los hijos de Dios, pues en la plenitud nada se opone, todo coopera, cada centímetro construido es un acto de fe: cuando vuelva el hijo del hombre encontrará fe en la faz de la tierra si encuentra dos monjes en el coro de un templo que tal vez se encuentre en la necesidad de prescindir de un techo, *espacio libre del cielo entero*.

La fraternidad es la madre de la solidaridad: el templo de Dios es el mundo, la caja de cepillos de un chico que lustra zapatos en la calle es su piedra sillar, un desdichado que pide limosna a las puertas de una iglesia es columna de un templo que reclama.

Todo templo son dos manos tendidas: una hacia los hombres, la otra hacia Dios.

*Abadía de Cristo Rey
El Siambón (Tucumán)
Argentina*